

# CRONICA INTERNACIONAL

RUIZ GUIÑAZÚ, EMBAJADOR  
DE LA ARGENTINA EN MADRID.

Muy amistosamente ha sido acogido entre nosotros el nombramiento del Dr. Ruiz Guiñazú para embajador de la República Argentina en Madrid. Conocemos de antiguo a este hispanista que ha ganado sus cartas de legitimidad en torneos duros contra gentes que nos desconocen. Ha mantenido Ruiz Guiñazú esta fidelidad a su abolengo no solamente como político, sino también como universitario desde su cátedra y como escritor realmente versado en las disciplinas de la Historia. A la hispanofilia de algunos americanos se ha llamado hispanofiliación, y hay en este distinguido algo más que un juego de palabras. Hispanistas, al exaltar la obra de España en América, son un Carlos Fletcher Lummis, un Bourne, un Goldberg, un Lea o un Coestery; pero un Pereyra, un Riva Agüero o un Ruiz Guiñazú, para citar sólo a tres, son, más que hispanistas, hispanos. No hemos olvidado un discurso de Ruiz Guiñazú en el banquete oficial con que D. Eduardo Aunós, hoy ministro de Justicia, fué obsequiado en Buenos Aires. Había ya el gobernante de aquella República afirmado hidalgamente: "Nos ufamamos de vuestras glorias y las hacemos nuestras. Compartimos vuestro culto a los hechos memorables desde las Navas a Lepanto. Vuestro patrimonio intelectual, desde las Partidas al *Quijote*, llega a nosotros como un legado pro indiviso. Las obras de que sois hijos nos pertenecen como a vosotros las catedrales o las universidades que esparcisteis en tierra americana para ordenar la vida de nuestro espíritu."

Más y mejor dijo Ruiz Guiñazú al sustentar en ese pasado el porvenir que espera a los pueblos del Nuevo Continente, a los que España dió, con la estirpe y con la lengua, credo, leyes y tradiciones de las que nos configuran y nos imprimen carácter para la Historia. "Por primera vez, desde el descubrimiento, los azares de una guerra sin cuartel amenazan cortar toda comunicación y toda solidaridad entre Europa y el Nuevo Mundo. Esta rotura sería tan funesta para vuestro continente como para el nuestro." Si el nuestro no cesa de acrisolar la fe que salva y el saber que el Nuevo Mundo necesita para justificarse en un orden superior, América provee a Europa de materias primas que le urgen para su sustento y su abrigo. Importa, pues, que haya naciones que conserven la paz en medio del turbión de sangre y de hierro que devasta al mundo. "La prudencia de quien rige los destinos de España ha hecho que su patria sea una nación elegida", recordó Ruiz Guiñazú, no sin agregar: "La certera visión de quien rige la nuestra asigna a la República Argentina idéntico papel."

La lealtad no elude a veces las verdades acerbas, y la de Ruiz Guiñazú ni eludió ni quiso atenuar una que nos duele a todos. Nos faltó y les faltó en América en los días de los alzamientos, que eran guerras civiles, y nos falta y les falta después, sentido económico. Justamente Aunós expone un parecer análogo en su *Itinerario histórico de la España contemporánea*. No se abstuvo este escritor, a quien tanto admiramos y queremos, de recoger ese inciso de Ruiz Guiñazú al contestar al discurso. Del diálogo entre los dos estadistas salió el tratado económico, que al igual que el convenio cultural robustecen los vínculos entre las dos naciones.

Fué Ruiz Guiñazú, en 1913, ministro plenipotenciario en Berna y después embajador cerca de la Santa Sede. En la capital helvética, como en Roma, se desvivió para que las grandes figuras y la vida nueva de su país fuesen conocidas. La diplomacia no era para Ruiz Guiñazú ni duplicidad, ni estrategia de ardidés, ni el juego cruel del toma y el daca. Lo que pedía era curiosidad para las naciones de América, de las que recibe la civilización cristiana una transfusión de sangre; lo que daba era su fe y la de los suyos en un futuro de grandeza.

El Nuevo Mundo es joven, y milos y milos de auroras no han nacido todavía allí. Esta fe en el mañana late en los libros de Ruiz Guñazú, que desbordan por cierto de su españolidad de gran solera. ¿Quién entre los estudiosos de nuestra nación no se recomplace aún en *La Magistratura indiana*, o en *Caray, fundador de Buenos Aires*, o en *La tradición de América*, prologado por el Duque de Alba? Tendrá en sus manos Ruiz Guñazú la obra de Aunós, *Buenos Aires*, que es obra a un tiempo de político, de historiador y de literato, con lo que el tributo a la urbe argentina es triple. Pasan por este libro los presidentes de la nación, desde Rosas, y comprobamos que allí, como dondequiera, la política es el arte de ayudar la inercia de la Historia. Han bastado cien años para que se le cumplan altos destinos a la ciudad que trasvivió al fondo de esos retratos de Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca, Quintana, Figueroa, Alcorta, Sáez Peña, Irigoyen, Justo, Ortiz y Castillo. Con hombres así, que suben mandar y se transmiten con el poder honra, riesgos y obligaciones arduas, se constituye el patriciado. Con la continuidad en los servicios, no menos que con la doctrina, se hace un pueblo. Los presidentes en la Argentina han antepuesto la pasión por la patria a cualquier teoría sobre el poder, porque para ellos la teoría es fuego helado. Vimos en Buenos Aires la estatua de Sarmiento, que es de Rodín, y recordamos que en el pedestal se simboliza el genio del héroe en la figura de un Apolo que separa con sus brazos las sombras y avanza aplastando serpientes. Para los patricios que rigieron la Argentina ayer, el pensamiento era acción apasionada, o, como nos decía Ricardo Rojas, pensamiento vivo. En sus *Odas seculares* y en su oda magna a los ganados y a las mieses canta Lugones este esfuerzo del que ha salido para todos la Argentina:

*Alcemos cantos en loor del trigo  
que la pampeana inmensidad desborda,  
el mar feliz donde se cansa el viento  
sin haber visto límite a sus ondas.*

Y también cuando le pide a Buenos Aires, quijetosamente, a la española, que brinde su regazo a los oprimidos:

*Cimenta así tus seculares torres  
y sea tu aderezo de diamantes  
el tesoro de lágrimas que ahorres.*

España desca partir cuanto antes, en familia, el pan y el fuego con el doctor Ruir Guiñazú, como lo ha partido con el embajador Palacios Costa, que es otro diplomático eficaz y otro amigo.

#### LA CESIÓN DE LAS AZORES Y EL DIÁLOGO HISPANO-PORTUGUÉS.

Antes de la cesión, en la cesión y después de la cesión de las Azores a la Gran Bretaña, estas islas son, como han sido y serán, portuguesas. La nación hermana no enajena su soberanía sobre territorio alguno. Oliveira Salazar lo decía y el texto está ahí: "Nos lo vedan las leyes constitucionales, pero si las leyes no existiesen, nos lo vedaría la conciencia nacional." En la cesión, como antes y después, los tratados entre Portugal y España siguen en pie. Como a un remanso de concordia vuelve el mundo los ojos a estas dos naciones que mantienen ilesa su dignidad entre los beligerantes. Para el Gobierno de Lisboa, Portugal y las posesiones al otro lado de los mares son un solo cuerpo territorial y político hecho por la Historia. No son allí el Alenteijo o la Beira más entrañables que Angola o Mozambique, ni están regidas con autoridad diferente. La autoridad para Oliveira es primero doctrina y como tal trasciende de las artes de gobierno a los planos superiores de la filosofía y del derecho puro. "Es un derecho y un deber —nos dice—; deber que se niega a sí mismo cuando no se ejerce; derecho que tiene en el bien común su mejor fundamento. Es, además, un alto don de la Providencia, porque sin ella no serían posibles la vida social ni la civilización humana."

La autoridad sobre las colonias sigue allí a la ilusión con que se las recuerda en todo momento. Oliveira es nacionalista, pero lo es después del viaje de retorno, como pueden serlo un soldado, un misionero o un fundador cuando han

cumplido una empresa lejos. Es nacionalista del Portugal que expulsa al moro, cuida de sus cosechas como de sus héroes, ensancha sus dominios, descubre la India, evangeliza el Oriente, asienta colonias en Africa y hace el Brasil, además de que debate ideas universales en concilios, curias y cortes, erige universidades, crea un idioma y una cultura, pinta magistralmente, reta con maravillas de piedra al tiempo y canta en versos inmortales su propia epopeya. De ese Portugal cuyos humores y cuya vocación más genuina son extranacionales, es nacionalista, paradójicamente, Oliveira, que le dice a su pueblo que se comporte con modestia. ¿Con modestia? En lo que haga Portugal siempre ha de haber algo de lo que ha hecho. En el Congreso de Ciencias de Oporto se recordó lo que los españoles hicieron por el globo entre 1415 y 1600. Pues bien, lo que los portugueses hicieron no se nos ha olvidado ni se les olvidará a nuestros hijos. Zarco y Vas descubren en los albores del siglo xv la isla de Porto Santo, y poco después Gonzalo de Cabral, el viejo, la de Santa María, a la vez que Gil Banes dobla el cabo Bojador. Siguen los descubrimientos de Río de Oro, cabo Blanco, Arguín y territorio de Senegambia. Nuño Díaz llega a Cabo Verde, y otros marinos se encuentran igualmente en tierras remotas. Fernando Póo toma para su país las islas de Formosa, Corisco, Santo Tomé, Annobón y Príncipe, y da su nombre a las que ahora son nuestras. Asambú, ya en Guinea, y Diego Sao, en el Congo y en Cabo Negro, continúan las empresas de sus predecesores, y es en 1496 cuando Bartolomé Díaz rebautiza el Cabo de las Tormentas, llamándole Cabo de Buena Esperanza. Once años después Vasco de Gama anexiona el Natal, entra en el Zambeze y continuando viaje toca en Calcuta. En 1500 Alvarez Cabral descubre el Brasil, y Gaspar de Corte la Tierra del Labrador, como años después Alburquerque, Coctu y Almeida, Ceylán. Portugal explora, descubre y coloniza mucho tiempo aún, hasta que en 1545 Lorenzo Marques, en el Africa oriental, lusitaniza la bahía de su nombre, y otras empresas y otras y otras van dilatando el globo. Todas esas proezas estaban al fondo de la última visita que hizo Carmona a las colonias portuguesas y están siempre al fondo de Portugal, con quien

renueva su diálogo España, en cuyo idioma han escrito como en el suyo un Gil Vicente o un Camoens. Sin los portugueses, la historia universal sería diferente; como sin nosotros no existiría.

Asisten, pues, a los dos Estados, el de Portugal y el de España, razones para hacerse oír sobre el fragor de la guerra. La cesión de las Azores a la Gran Bretaña no altera la amistad hispano-lusa ni aminora la firmeza de nuestros propósitos. Importa que sean nuestras naciones no ya el remanso de concordia, sino también la reserva moral de Europa. Berlín y Roma, como Londres y Washington, lo van diciendo y cada vez, por cierto, más alto.

#### UN FRENTE MARÍTIMO EN LA RUSIA BOREAL.

Días atrás otro convoy anglonorteamericano ha sido hundido a la altura de Murmansk. Dueño el Reich del bastión noruego, logra que sus submarinos penetren en las zonas boreales del mar libre y que su aviación domine el aire desde los aeródromos del Cabo Norte y de Warandjeford para atacar a los convoyes que rearmen o que renutren todavía a la U. R. S. S. Hacia el 28 del mes próximo las ciudades en esa ruta del norte se sumergen en la noche polar. Pensarán algunas que de las mil y una noches de las ciudades árticas no hay imaginación que extraiga un cuento. De Murmansk era, sin embargo, un cuentista que pobló las latitudes blancas de la península de Kola de criaturas que aman la vida no menos tórridamente que las de tierras solares. Desde la costa balcar, como desde Sorrento o desde El Cairo, se cree que Arkangel es el rincón más triste del planeta. Pero los hijos de Arkangel o los de Murmansk no cambian sus paisajes de hielo por otros en que las cuatro estaciones son de primavera. Nada en este mundo, si se es explorador, envuelve en temperatura tan grata como la choza del esquimal. Todo, y lo contrario de todo, es posible cuando el amor, que es hipérbolo estelar, juega, y si hay allí un ruiseñor de las nieves, habrá el monje

de la leyenda, que lo oyó embelesado durante un siglo. Mas tornemos ya a los datos, que es lo que se nos pide.

Para los Estados Unidos, que ayudan a los Soviets, la ruta más directa es la que partiendo de Halifax contornea el litoral de Groenlandia por el cabo de Farewell a los 60° de latitud y sube por Islandia al círculo polar ártico. Para la Gran Bretaña, la ruta de abastecimiento a los rusos es la que va de los puertos escoceses, dejando atrás las islas Shetland o las Feroe, al Océano Glacial para rendir viaje en Murmansk, cuando no entra por el Mar Blanco en Arkangel, puerto sobre el Duina. Estas comunicaciones, con todos sus riesgos, son menos precarias que en los enlaces iraníanos que parten del golfo Pérsico y no concluyen de vencer las dificultades de los ferrocarriles en el continente ni tampoco las de las distancias transpacíficas. En bases aeronavales adversas para los anglosajones la suerte de los convoyes es todavía la del golpe de dados que sin abolir el azar lo sujeta a combinaciones casi matemáticas. Hacia el Cabo Norte el sesgo de la peripecia es menos fortuito, ya que es allí donde los alemanes concentran sus flotillas de submarinos y de aviones. Los convoyes necesitan pasar por el estrecho que separa el Spitzberg del Cabo Norte. Aunque entre estos puntos las cartas miden 790 kilómetros, la navegación está de hecho confinada a una zona entre la Isla de los Osos y el Cabo Norte, o sea un canal de 490 kilómetros. Gracias a los aviones de reconocimiento y a los submarinos que una táctica certera distribuye en las aguas del trayecto, los convoyes son avizorados o situados cuando están aún muy lejos, desde que fondean, quizá en Islandia o en los parajes de Juan Mayen, y seguidos hora a hora hasta que penetran en la zona de gran peligro. Y con todo, son más los convoyes que llegan que los convoyes hundidos o diezmados. Si muestran ahora prisa por burlar el acecho de los submarinos y de los aviones del Reich, es porque pronto va a caer sobre Murmansk la noche de los hielos, que es noche de cinco meses. Cada convoy transporta material suficiente para dotar a cincuenta mil hombres de aviones, tanques, carros de asalto, artillería, piezas de recambio, carburantes y medicamentos. Está Murmansk, con sus 160.000 habitantes, a

60 kilómetros al interior de la bahía a la que el hinterland de las selvas vírgenes protege en tierra, como las instalaciones aeronavales del puerto de Polijarnoie por mar. La zona estratégica Murmansk-Polijarnoie está unida por enlaces seguros del ferrocarril eléctrico del norte al canal Staline. Se estudia ahora otro sistema de enlaces que partiendo de Sorocka, en la costa suroeste del Mar Blanco, pase por Porn y llegue a Swerdswook, en el Ural. También Ponentsa, en el punto septentrional del lago Omega, iba a haber sido unida por Podish a Wologda, en la cuenca del Volga, pero la guerra ha frustrado estos planes. Sigue habiendo, en todo caso, un frente marítimo en el círculo polar, pero Rusia, en materia de armamento, si no se basta aún, tiende a bastarse. El día que se baste caerá sobre Murmansk el olvido al que las ciudades, como los hombres, temen más que a la noche polar y que a la muerte misma. Muchos, con su conducta o con su obra, han matado a la muerte; pero al olvido, nadie.

REPUBLICA DE LAS FILIPINAS

#### JAPÓN CONCEDE LA INDEPENDENCIA A LAS ISLAS FILIPINAS.

En el árbol genealógico del emperador Hirohito se renovan los emperadores agnaticamente desde hace dos mil seiscientos tres años. La magnanimidad es en ellos una de las obligaciones de la sangre. Con el desprendimiento que es norma en él ha otorgado Hirohito la independencia a las Islas Filipinas, que eran suyas desde hace meses. Bien está; pero antes de ser del Imperio del sol naciente, como antes de ser de los Estados Unidos, eran de los reyes de España. Si la nostalgia es un bálsamo a la vez que un veneno, la nostalgia de Filipinas actúa en los españoles como un brebaje. Viven todavía muchos que han respirado en sus hogares dentro de España el hechizo de nuestro ultramar de Oceanía. De Manila o Joló, de Ilo-Ilo o de Cebú, venían cartas y con ellas el aroma con que nos turbó la filipina recién casada con el capitán del último volero o con el delegado de Hacienda de la familia. Era el aroma, según dijeron, de una madera destilada en Mindoro junto al mar de la China. Quedan aún desde entonces caracolas,



marinas, lacas y las telas de nipi que traía el velero desde Manila a Pasajes en 52 singladuras. Y pende aún en el testero de la sala el retrato de aquel Urbistondo que hizo el puente colgante de Manila, como Norzagaray, después, hizo el Jardín Botánico. El retrato era del tiempo de un abuelo del marino que casó con una de allí, algo tagala y con la tez de color de canela. El sirvió después a una casa naviera en la derrota de Manila al puerto mejicano de Acapulco. Al retirarse se restituyó a Guipúzcoa, ya viejo, con la mirada perdida, con un mechón de ceniza sobre los surcos de la frente. Su hermano, fraile agustino, vivió cuarenta y dos años entre Leyte y Mindanao. Fué misionero y estudió cuatro dialectos del archipiélago, pero sobre todo el visayo y el ilocano, del que compuso una gramática. Aquellos dos hermanos servían aún la extensión de una España con colonias distantes; vimos nosotros, ya de mayores, los papeles del uno junto a los catalejos y al sextante del otro, y una gran angustia nos dominó porque España había perdido las Filipinas.

Mucho hablamos de Imperio sin reparar en que esta idea fué medida con precisiones romanas: *Fecisti patriam diversis gentibus unam* (hiciste una patria de gentes diversas); *Urbem fecisti quod prius orbis erat* (hiciste una urbe de lo que primero fué el orbe). Así define Rutilio a Roma y sólo así la idea del Imperio encuentra una expresión que nos es diáfana para siempre. Nuestra niñez ha alcanzado un tiempo en que se hacía aquí una patria con gente diversa y en que Madrid, pese a todos, era una metrópoli.

De la nostalgia del ultramar filipino, en la que entran especies más capitosas que el clavo del Tidore, la canela de Mutil o la nuez moscada de Bandan, no queremos convalecer. Que el Señor dé a la España de nuestros hijos flota y bases marítimas, ¿por qué no?, en los siete mares. Tierras que se dan a los españoles son, con la Historia en la mano, tierras que se les restituyen. Españoles como Ruy López de Villalobos son los que descubren las Filipinas, españoles como Legazpi, los que la conquistan; y españoles como Lavacares Landa, los Ronquillo, los Dasmeriñas, Morga, Tello de Guzmán, Bravo de Acuña, Vivero, los Silva, Fajardo, Niño de

Tabora y cien más, como también los arzobispos y los preladados de Nueva Segovia, Nueva Cáceres o Cebú, los que a lo largo de tres siglos las hacen.

¿Por qué un gran diario de Londres, ante la largueza con que Hirohito cedía un archipiélago, escribe que el mundo debe el continente americano a España, pero que no es al Imperio del sol naciente, sino a Europa a quien debe Oceanía? Si España descubre América, descubre no menos Oceanía. Después de las expediciones de Magallanes y Elcano en 1521 y de García de Loaysa en 1523, Alvaro de Saavedra descubre en 1527 Nueva Guinea; López de Villalobos, en 1542, las Carolinas, las islas Hawai y las tierras filipinas de Mindanao y Leite. Después del viaje de Ortiz de Retana, en 1545, Alvaro de Mendaña, dos años después, finca cruz y vara de correjimiento en las islas Salomón; como un cuarto de siglo más tarde, con su mujer Isabel Barreto, primera y única adelantada del mar Océano, en las islas Marquesas y en Santa Cruz; Legazpi y Urdaneta, en 1571, toman posesión de Manila, y Pedro Fernández de Quirós, en 1605, de Australia, y le continúa Luis de Torres, y Lezeano, en fin, en 1680, expropia territorios de la Micronesia. Tenía España a principios del siglo XVII mapas de tierras que no han figurado en la Cartografía europea hasta 1876. Absolvamos, con todo, al diario inglés y deploremos que se haya decretado que la lengua oficial en las Filipinas sea la lengua tagala. Ni la soberanía ni el idioma ni las reacciones de un país pueden ser decretadas de la noche a la mañana, aunque quien lo decrete sea un emperador cuyo árbol genealógico es el más viejo del mundo, pues que empezó a crecer hace dos mil seiscientos tres años. Se nos dirá que todo fluye y todo cambia *Pantha rei* y que los pueblos fuertes son lo que son, mientras nosotros no somos lo que éramos. ¡Bah, la nostalgia del ultramar oceánico, hecha de especias más capitosas que el clavo, la canela o la nuez moscada, actúa todavía fuertemente en nosotros! Arguirá mejor el que arguya, porque Dios lo quiere, el último.

## ANTE LA CONFERENCIA TRIPARTITA DE MOSCÚ.

Como el caracol de playa vacío de su molusco es el tópico que envejece. Hemos hecho algunas frases que ojalá no nos sean contadas. Cuando las hicimos, nuestro ardor era de mediodía, nuestra hora acaso la de pleamar. Con el correr de los años nuestros tópicos, ya más viejos que nosotros mismos, zumban como el caracol marino de mareas que han pasado. Una de aquellas frases repetía que Rusia, medio tártara, medio bizantina, es Edad Media conservada en nieve. Fué Alejandro II el que dijo que todo ruso nace cansado, y Gogol, fundador de la novela en su patria, se dolía de que el ruso no dejara de serlo nunca. Algo hay allí, ciertamente, que es común a los rusos de todos los tiempos. No se proponen siempre lo mismo, pero se lo proponen del mismo modo. Lo que Stalin reivindica nacionalmente fué ya reivindicado por Pedro I el Grande, a cuyos contratiempos militares, como el de Narva, siguen victorias no tan sólo sobre los suecos de Carlos XII, sino también sobre polacos, turcos y persas. Quiso este monarca europeizar a su reino, como Stalin quiere que Rusia desborde sobre Europa. Pedro el Grande, en su visita a Francia, ante la tumba del cardenal Richelieu, exclamó: "Daría la mitad de mi reino a un hombre como tú si me ayudase a gobernar la otra mitad." En Inglaterra, ante la flota inglesa, dijo: "A ser zar allí preferiría ser almirante aquí." Enmascaraba el orgullo como lo enmascaró Lenin en las ciudades de Europa que le dieron asilo. Los dos supieron que en la posesión de la fuerza estriba la suerte de una nación y forjaron para Rusia el poderío militar de que vive. Lenin codició lo que Pedro I, Catalina II y Alejandro I, que, si vencido en Austerlitz, fué árbitro luego de Europa, tercamente codiciada. Desconfiemos del tópico que atribuye a los rusos la noluntad y la caída en la nada. Allí, ¿y dónde no?, hay noluntariosos que son tullidos y lisiados de las potencias del alma. El *nitchevó* es una apoyatura verbal más que un estado de conciencia, y ni aun apoyatura en escritores nacidos antes de 1930, como Puchkin o Gogol, Lermontoff o Turguenef,

Tolstoi o Dostoyewski. El comunismo de la U. R. S. S., con sus poderes tenebrosos de devastación, pone en juego una voluntad sin brechas. La pone en la conferencia de Moscú a que asistimos expectantemente, más que a las de Casablanca, El Cairo, Londres o Quebec. Temen muchos en los participantes rusos las artes en que son maestros, de la simulación y del disimulo; tememos nosotros a la tenacidad con que sirven sus designios. Es lo que teme el representante de los Estados Unidos, Cordell Hull, a quien acompañan Averell Harriman y el general John R. Deane, y más que Hull el representante de la Gran Bretaña, Mr. Antony Eden, a quien acompañan el general Hastings Ismay, secretario adjunto del Ministerio de la Guerra, y Geoffrey Wilson. Los reyes en el destierro, Guillermina de Holanda, Pedro II, de Karageorvitch, que regía el que fué reino de serbios, croatas y eslovenos; Jorge II de Grecia, y Haakon VII, de Noruega, siguen con tanta avidez como Jorge VI o como el presidente Roosevelt, y para decirlo todo, como Víctor Manuel III, que dentro de unos días, el de San Martín, cumple los setenta y cuatro, las deliberaciones de Moscú. Cordell Hull, horas antes del encuentro en el Kremlin, ha dicho: "Somos fieles, ante todo, a la libertad y a los pactos y porque la Gran Bretaña lo era al que ajustó en marzo de 1939 con Polonia para garantizar el *statu quo* de sus fronteras fuimos a la guerra. Dantzig es un palmo de territorio, pero el pacto lo mismo obliga cuando se trata de un palmo de territorio que cuando se trata de una nación con treinta millones de súbditos." Dejemos sin objeción y sin un solo escolio estas palabras de Hull, reticentes y con veneno en la cola.

Rusia ha disuelto la tercera internacional, ha otorgado autonomía a las repúblicas federadas y luego de restablecer el Sínodo y las ritualidades del culto desautoriza las revoluciones en la nueva Europa. Con estos retrocesos y con su mariscalia, ¿añade Stalin fuerza a las reivindicaciones que Molotov lleva a la conferencia? No demasiada, en nuestro sentir, no tanta como si cancelase sus compromisos con el Japón, más o menos tácitos. La fuerza de los soviets en los debates de Moscú es la que dan veinte millones de bajas en la guerra y los estragos en sus ciudades, muy superiores a los padecidos

por las naciones aliadas. En esta fuerza apoyará Molotov sus exigencias a la vez que sus rogatcos a las exigencias de Eden y de Cordell Hull. En las artes de la simulación y del disimulo son redomadamente doctos los rusos, pero los anglosajones no son simples aficionados. "Si la juventud supiera y la vejez supiese..." reza un dicho, y si alude al amor no admite réplica. Pero en el orden político la vejez, si es tenaz, no sólo sabe, sino puede. Vejez tenaz es la que actúa en las deliberaciones de Moscú. No son de ayer tampoco las exigencias territoriales, unas y las mismas en Stalin y en Pedro el Grande. La negativa de los alemanes a aceptarlas es vieja de siglos también, y ahora está en la boca redonda de los cañones. De la abundancia del corazón habla la boca todavía...

## ANÉCDOTAS QUIZÁS OPORTUNAS.

Leamos: "La nación, no por pequeña es menos nación; Luxemburgo lo es, Montecarlo asimismo, Liechstenstein..."

Hay en Bruselas una estatua que es algo así como el *pala-dium* de los bruselenses. Es la de un niño desnudo que hace lo que muchos niños, pero más seguidamente, en un chorrillo diáfano que se irisa con la luz. Se llama el niño Manneke Pis y es el ciudadano más antiguo de la urbe. El emperador Maximiliano le hizo caballero de todas sus órdenes y Luis XV le confirió la del Santo Espíritu. Goza de títulos, rentas, honores, y el Consistorio bruselés le sufraga un mayordomo que le viste en las grandes fiestas. Conserva Manneke Pis la llave de gentilhomme que le fué concedida por Napoleón Bonaparte. En el ropero del niño hay uniformes militares, mucetas de doctor, mantecos y un hábito de capuchino. El uniforme de que más se engríe Manneke Pis es el de guardia cívico, que es el que llevaba cuando al terminar la Gran Guerra el coronel del 19 regimiento de cazadores franceses le citó a la orden del día haciendo resonar en las trompas de caza el gran himno venatorio de San Huberto. En un opúsculo que hay sobre el bruselés, y del que aquí dió noticia D. José Subirá en un libro notable, se dice:

“Para el Manneke Pis la patria es el rincón de la calle de l’Étuve y de la calle de Chaue en Bruselas. El fué borgoñón bajo los duques de Borgoña, alemán bajo Maximiliano, español bajo Carlos V, *gheu* durante los disturbios, austriaco bajo María Teresa, republicano en 1794, francés bajo Napoleón, casi holandés bajo Guillermo, belga bajo Leopoldo, y nunca se le ha visto tan satisfecho como ahora.”

Luxemburgo es nación y Mónaco también, y se ha visto a Alberto el de la doble corona de príncipe y de sabio asomarse un día en que se acatarró a uno de los balcones de su palacio y escupir más allá de los límites del venturoso país que no le paga los impuestos.

También la calle de Étuve es la patria de Manneke Pis, pero este ciudadano, aunque emita a la perfección su chorro diurético, se ha quedado en niño. La primera obligación de las naciones es crecer, y la segunda, llegar a viejas. Lo demás son cambios de soberanos, de uniformes, de idiomas, de monedas, de pesos y medidas. Lo demás son historias como las de Manneke Pis.

PEDRO MOURLANE MICHELENA.